

# El desastre de Annual a través del Expediente Picasso y de la Comisión de Responsabilidades del Congreso

María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida<sup>1</sup>

Recibido: 21 de marzo de 2022 / Aceptado: 20 de mayo de 2022

**Resumen.** Este artículo trata del desastre de Annual, con los precedentes de Dahar Abarran e Igueriben, y el subsiguiente desmoronamiento de todos los puestos militares de la región oriental del Protectorado español en Marruecos. Asimismo, el artículo analiza, a través del “Expediente Picasso” las causas de esta catástrofe militar.

**Palabras clave:** Dahar Abarran; Igueriben; Annual; Expediente Picasso.

## [en] The Annual disaster through the “Expediente Picasso” and the Commission of Responsibilities

**Abstract.** This article deals with the disaster of Annual, with the foregoing cases of Dahar Abarran and Igueriben and the subsequent crumbling of all the military posts of the oriental region of the Spanish Protectorate in Morocco. The article analyzes as well, through the “Expediente Picasso”, the causes of this military catastrophe.

**Keywords:** Dahar Abarran; Igueriben; Annual; Expediente Picasso.

**Sumario.** 1. Dahar Abarrán, preludio de Annual 2. Igueriben: la tortura de la sed 3. Annual, crónica de una catástrofe anunciada 4. El Expediente Picasso: radiografía de una incompetencia 5. La Comisión de Responsabilidades 6. Bibliografía

**Cómo citar:** de Madariaga Álvarez-Prida, M<sup>a</sup>. R. (2022) El desastre de Annual a través del Expediente Picasso y de la Comisión de Responsabilidades del Congreso, en *Documentación de Ciencias de la Información* 45(2), 109-114.

### 1. Dahar Abarrán, preludio de Annual

El llamado desastre de Annual fue algo más que la pérdida de una posición militar. Significó el derrumbamiento de todas las posiciones de la región oriental del Protectorado Español en Marruecos, hasta las puertas de Melilla.

Todo había empezado con el nombramiento del general Manuel Fernández Silvestre como comandante general de Melilla en enero de 1920 y su declarada intención de llegar a Alhucemas por vía terrestre.

En diciembre de 1920, el general Fernández Silvestre reactivaba las operaciones militares en la cabila de Beni Ulichek, donde fueron ocupadas diversas posiciones en la parte oriental, limítrofe de la cabila de Beni Saíd, lo que llevó a la sumisión de varios jefes de ambas cabilas (Berenguer, 1923, p. 8-10). No obstante, estimando Fernández Silvestre que el frente de los nuevos territorios ocupados debía ser protegido de los ataques de los resistentes de las cabilas limítrofes, solicitaba en

enero de 1921 del alto comisario la autorización para ocupar toda una serie de posiciones de protección, entre las que figuraba Annual, que fue ocupado el 15 de dicho mes, y Sidi Dris en la costa, que lo fue en marzo.

Las ocupaciones de ambas cabilas habían resultado, sin embargo, demasiado fáciles como para no preguntarse sobre las circunstancias que las habían hecho posibles. El 10 de enero de 1921, pocos días antes de la ocupación de Annual, el alto comisario, Dámaso Berenguer, decía en una carta al general Fernández Silvestre: “Creo que todavía la situación de aquellas cabilas muy desgastadas ya por la resistencia y en las que existe un estado verdaderamente crítico por el hambre que reina en el Rif, te han permitido avanzar más nuestras líneas” (Berenguer, 1923, p. 10). El general Berenguer sabía, porque la situación era la misma en Yebala y Gomara, que la terrible hambruna que padecía la población había contribuido a debilitar la resistencia. Toda la zona padecía desde hacía meses una situación de penuria, como lo confirman diferentes testimonios de la época:

<sup>1</sup> Doctora en Historia, Université Sorbonne Nouvelle (Francia).  
E-mail: [ma.rosamadariaga@gmail.com](mailto:ma.rosamadariaga@gmail.com)

“[...] Las malas cosechas en toda la zona han provocado una hambruna tan grande, que incluso se registraron varios casos de envenenamiento por el consumo de raíces venenosas y un éxodo sin precedentes de los habitantes. Un gran número de rifeños –hombres y mujeres– han llegado a Tetuán en busca de trabajo y comida y varios cientos de hombres se han alistado en las tropas indígenas españolas. Los españoles han aprovechado esta situación favorable para avanzar en las cabilas de Beni Ulichek y Beni Saíd<sup>2</sup>”.

En el avance de Fernández Silvestre hacia Alhucemas quedaba todavía la cabila de Tamsamán, cuyos jefes principales se habían presentado a principios de enero ante el coronel Morales, jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas de Melilla, con la excepción del jefe de la fracción de Tugrut, fronteriza de Beni Urriaguel, que se había abstenido por temor a represalias de esta última.

Súbitamente, Fernández Silvestre, basándose en los informes del comandante Villar, jefe del sector de policía del Kert, que sería el encargado de ejecutarla, decidía, mediante una “simple operación de policía”, la ocupación de Dahar Abarrán. La operación fue llevada a cabo de manera impremeditada y apresurada, sin ninguna preparación política ni material. Aunque la ocupación de Dhar Abarrán fuera presentada como una simple “operación de policía”, era mucho más que eso. La columna, compuesta de 1.461 hombres, era excesiva en relación con la que normalmente participaba en las de esta índole, máxime si se le añadía, como era el caso, una batería de montaña. Esta fuerza salió de Annual el 1º de junio a la una de la madrugada, a las cinco y media había coronado el monte a una altura de unos 525 metros, y a las seis se empezó a fortificar, trabajo que había terminado hacia las once menos cuarto. Situada a seis kilómetros de Annual en línea recta, la posición de Dhar Abarrán era de terreno tan abrupto que las tropas tenían que hacer un recorrido de diecisiete kilómetros para llegar a ella, y era difícil de abastecer y de socorrer en caso de ataque. El lugar elegido para instalar la posición carecía de agua y de piedras para construir un buen parapeto, por lo que hubo que hacerlo con sacos terreros que, al estar podridos, se desfondaban y solo dieron para cubrir un frente y parte de otro, de una altura que, según testimonios, llegaba en algunos lugares a la cintura, y, en otros, a las rodillas. Después de terminado el trabajo de fortificación, la columna de Villar se retiraba, y una hora más tarde resonaba el primer cañonazo de la posición, que era atacada y caía hacia las cuatro y media o cinco de la tarde. La guarnición que en ella había quedado –siete oficiales, seis españoles y uno marroquí, todos de la policía indígena o de Regulares– murieron en el ataque, menos el teniente de artillería Flomesta, que cayó prisionero de los rifeños y fallecería al poco tiempo por negarse a ingerir alimentos. Los españoles de la tropa desaparecidos o muertos fueron diecisiete, los heridos graves, tres, de los cuales uno fallecería más tarde, y los heridos leves, veintidós. A Annual y Bui-

meyan consiguieron llegar setenta y dos hombres, de los cuales veinticinco eran europeos. Todo el material –fusiles ametralladoras, cajas de municiones– quedó en poder de los rifeños, quienes se hacían por primera vez con cañones, al caer en sus manos la batería de montaña (Madariaga, 2017, p. 142).

La mayoría de los fugitivos de Abarrán declararon que la pérdida de la posición se debía a la defección de la “harka amiga” de Tamsamán que se unió a los atacantes. Además, la policía indígena del puesto tuvo una actitud sospechosa, no portándose como era de esperar e incluso desertando algunos de sus elementos. Animados por el éxito de Abarrán, los resistentes rifeños atacaban el 2 de junio, al día siguiente al de Abarrán, el puesto de Sidi Dris, en la costa. Una columna de socorro enviada desde Annual tuvo que dar la vuelta por el elevado número de enemigos.

Fernández Silvestre tardó en dar explicaciones sobre el revés sufrido en Dahar Abarrán, como el alto comisario Berenguer y el Gobierno español le pedían. No fue hasta el día 7 de junio cuando el alto comisario transmitía al ministerio de la Guerra el telegrama de Fernández Silvestre, en el que éste aducía como causa de la pérdida de la posición la “defección de la harka auxiliar”, sin poder añadir detalles más concretos hasta terminar la información que había mandado instruir para conocer “las causas, hechos y circunstancias que concurrieran en la caída de la posición” (*Expediente Picasso*, 1931, p. 32). Aunque reconocía que la cabila de Tamsamán, donde estaba ubicada la posición de Dahar Abarrán, estaba en total defección, la de Beni Tuzin mostraba una actitud vacilante, la de Beni Ulichek parecía seguir “afecta” y la de Beni Saíd permanecía “adicta”. Fernández Silvestre pretendía quitar hierro al asunto y presentar la caída de la posición como un “hecho aislado”. Sin embargo, había sido mucho más que un simple contratiempo. El triunfo de la harka elevó la moral de los combatientes. Era la primera vez que se hacían con una posición dotada de artillería. El ataque a Dahar Abarrán, y, luego, a Sidi Dris, demostraba que la resistencia rifeña había cambiado sus procedimientos de acción y que ahora estaba dotada de organización, dirección, más recursos y mejor armamento (*Expediente Picasso*, 1931, p. 36). La caída de Dahar Abarrán fue creando en el sector de Annual una situación cada vez más peligrosa (*Expediente Picasso*, 1931, p. 13-42).

## 2. Igueriben: la tortura de la sed

Situada a seis kilómetros de Annual, la posición de Igueriben se hallaba rodeada de alturas erizadas de riscos y los caminos que a ella llevaban aparecían cortados por profundos barrancos. Cerca de la posición se alzaba la pequeña loma de Sidi Brahim –llamada por los españoles Loma de los Árboles–, ocupada a diario por un pequeño cuerpo de guardia con el objeto de proteger la aguada, distante cuatro kilómetros y medio, y que era menester recorrer a diario por no disponer de suficientes cubas ni de acémilas para transportarlas. Cada dos

<sup>2</sup> Foreign Office, 371/4527. Carta del encargado de negocios de Gran Bretaña en Tánger al vicedónsul británico en Tetuán, del 6 de diciembre de 1920.

días se hacía desde Annual un convoy escoltado por las fuerzas de Regulares que tenían su campamento en esta posición. Los convoyes pasaban sin mayores dificultades, salvo en la ascensión a Igueriben, en la que eran duramente hostilizados por los guardias de la harka. El 16 de junio la Loma de los Árboles fue ocupada por los combatientes rifeños que se hicieron allí fuertes construyendo trincheras y parapetos con el objeto de impedir la aguada y el paso de los convoyes. El objetivo de la harka rifeña era obtener la rendición de la posición por el hambre, la sed y el agotamiento de las municiones. Los convoyes, aunque con dificultades, conseguían pasar hasta el 17 de julio, en que la harka lanzó un fuerte ataque contra las posiciones del frente Buimeyan – Annual – Igueriben, estrechando el cerco contra esta última. A partir de ese día no se pudo hacer la aguada, con lo que la guarnición careció de agua para preparar el rancho. Por la noche, la posición quedó totalmente sitiada por la harka rifeña, resultando vanos todos los esfuerzos por aprovisionarla y socorrerla. Torturados por la sed, machacaban y chupaban patatas para aplacarla y recurrieron también, especialmente para los heridos, al líquido de los botes de pimientos y tomates. Cuando éstos se acabaron, bebieron agua de colonia, y, después, tinta, llegando hasta beber sus propios orines mezclados con azúcar (*Expediente Picasso*, 1931, pp. 329-330).

El testimonio más completo sobre la caída de Igueriben se debe al único oficial superviviente, teniente Luis Casado Escudero, quien, en un libro publicado en 1923 y reeditado en edición facsímil por sus nietos, relata los sufrimientos y penalidades de la guarnición en los días que duró el asedio. Además de señalar los medios ya mencionados para aplacar la sed, Casado nos cuenta que, para provocar la salivación, introducían chinias en la boca y algunos hundían sus labios en la sangre que manaba de sus propias heridas. Otros pasaban la lengua por los escudos de las piezas de artillería, tratando así de encontrar algún alivio a la sed. “El hambre era lo de menos: lo que más nos atormentaba era la sed, ¡aquella sed! ...”, dice el teniente Casado en su relato sobre el asedio de Igueriben (Casado, 1923). Todos los testimonios de los que vivieron estos sucesos coinciden en señalar la sed como la más terrible de las torturas. La sed hizo más estragos entre los soldados españoles que las balas enemigas.

La mayoría de los defensores de Igueriben morirían. Un sargento y diez hombres de tropa consiguieron llegar a Annual, con las fauces abrasadas por la sed, enloquecidos de espanto y sin habla.

### 3. Annual, crónica de una catástrofe anunciada

De la caída de Igueriben a la de Annual apenas transcurrió un día. El valor estratégico de la posición era muy deficiente, ya que se encontraba rodeada por todos lados de montañas, y la aguada, situada a tres kilómetros, en un barranco, era batida desde el campo enemigo. El teniente coronel Pérez Ortiz la describe como “una verdadera ratonera” (Pérez Ortiz, 1923, p. 9).

Los días anteriores a la caída de Annual las fuerzas allí concentradas ascendían a unos 3.000 hombres, incluidos dos escuadrones de Regulares, a los que vinieron a sumarse el día 19 otros 1.000 y el día 21 unos 470 de policía indígena y harkas auxiliares, lo que arrojaba un total de unos 5.000 hombres (*Expediente Picasso*, 1931, pp. 332-333). La harka rifeña hostilizó la posición el día 21, pero sin lanzar un ataque en regla. Considerando, sin embargo, que la situación era grave, el general Silvestre convocó ese mismo día por la noche una reunión de los jefes militares para examinar con ellos las medidas que convendría adoptar. Cabían tres posibilidades: parlamentar con los rifeños para negociar la rendición del puesto; continuar la resistencia; y, por último, evacuar el puesto, ya fuera mediante una retirada en regla o por sorpresa. La mayoría era partidaria de retirarse, incluido Silvestre, que proponía un repliegue a Ben Tieb (*Expediente Picasso*, 1931, pp. 412-413). Poco antes de que se cumpliesen sus órdenes el general Silvestre convocó de nuevo en su tienda a los jefes para anunciarles su decisión de que no se retiraba. Manifestó que habiendo podido comunicar entre tanto con el ministro de la Guerra y el alto comisario para pedirles el envío urgente de refuerzos, ambos habían prometido que se los mandarían (*Expediente Picasso*, 1931, pp. 413-414). Parecía que el general Silvestre había optado por mantenerse en la posición hasta la llegada de los refuerzos prometidos, cuando un hecho inesperado precipitó las cosas. El capitán Carrasco de la policía indígena avisó al coronel Manella y éste a Silvestre de que numerosas fuerzas enemigas avanzaban sobre Annual en tres columnas formadas como tropas regulares, lo que desencadenó la alarma, haciendo que el general Silvestre cambiara de nuevo de idea y decidiera la evacuación inmediata de la posición (*Expediente Picasso*, 1931, pp. 334 y 414).

Más importante que preguntarse de quién partió la orden definitiva de retirada, es la cuestión de saber si hubo o no un ataque en toda regla a Annual por parte de la harka rifeña. Si es muy cierto que esta hostilizaba la posición, no parece que en ningún momento la hubiera atacado abiertamente ni que se propusiera hacerlo en la mañana del 22 de julio. La falsa voz de alarma del capitán Carrasco desencadenó todo el proceso. No había ni mucho menos miles de harqueños avanzando sobre Annual, sino un nutrido grupo de rifeños, que, por haber celebrado una reunión aquella madrugada se dirigían a relevar las guardias más tarde que de costumbre (*Comisión de Responsabilidades*, 1931, pp. 68 y 324). No hubo pues nunca ataque a Annual. La posición fue evacuada sin ser atacada, como lo serían después la mayoría de las del territorio. Lo que parece seguro es que la retirada “por sorpresa” sí que fue una auténtica sorpresa para los rifeños, que no se lo esperaban. El primer sorprendido fue el propio Abd-el-Krim, que estaba lejos de sospechar que los acontecimientos se precipitarían con la rapidez con que lo hicieron<sup>3</sup>.

La forma en que había de realizarse la evacuación no se había tratado más que muy por encima, de manera que, cuando se dio la orden apremiante de salida,

<sup>3</sup> Testimonio personal de Omar el Jatabi, primo de Abd-el-Krim, aunque por la edad podría ser su hijo.

las unidades, sin dar tiempo a formarlas, salieron del campamento en precipitada fuga, sueltas, incompletas, atropellándose y confundiendo, sin mando en muchos casos, al no estar advertidos los capitanes que las mandaban del objeto y dirección de la marcha. Ante el desorden y atropellamiento reinantes, hubo intentos de encauzar la evacuación, procurando algunos, pistola en mano, contener a los fugitivos, incorporarlos a las unidades que marchaban más o menos congregadas. En su fuga, aquel desordenado tropel, iba dejando abandonados el armamento y el material. En el trayecto del desfiladero que lleva a Izumar, la harka los hostilizó causando numerosas bajas. Situado en la falda de una montaña y al borde de un precipicio, el camino era angosto y tal la acumulación de fuerzas, que estas se atascaban y atropellaban por pasar. Individuos sueltos, otros montados, camiones y otros vehículos, artolas con heridos, todo en confuso tropel, empujaban por adelantarse a los demás. Algunos mulos empujados por otros, o espantados por los automóviles, se despeñaron por el barranco arrastrando consigo la carga que llevaban. Envueltos en nubes de denso polvo, sedientos, muchos caían al suelo agotados, para no levantarse más. Los que llegaron a la posición de Izumar se encontraron con que esta había sido ya abandonada sin que los rifeños la hubieran atacado, lo mismo que otras posiciones de la circunscripción de Annual (*Expediente Picasso*, 1931, pp.105).

Todos los intentos de algunos jefes y oficiales para rehacer y organizar las fuerzas resultaron vanos. Cundía el pánico. Así, los que no perecieron por el camino, o fueron hechos presos, llegaron a Bentieb, donde el jefe de la posición intentó retener a algunas de las tropas que se acogieron a ella o a soldados de diversos cuerpos y armas que pasaban por la carretera montados en camiones abarrotados. “Los soldados que se lograba hacer entrar en la posición se marchaban por otra puerta” (*Expediente Picasso*, 1931, p. 104). Allí no había mando ni dirección. La confusión reinaba por doquier. Decidieron replegarse a Dar Drius, a una distancia de diez kilómetros, sin que fueran hostilizados en el camino. El general Navarro, comandante en jefe de las tropas del territorio después de la desaparición de Fernández Silvestre en Annual, daba la orden de evacuación al día siguiente, 23, sin admitir la menor réplica u observación (Pérez Ortiz, 1923, p. 38). Volvieron a salir las fuerzas atropelladamente del campamento, asaltando camiones con enfermos y municiones, y de nuevo se revivieron escenas en las que se trataba de detener a los fugitivos empleando la violencia, el palo, o aún el revólver (Pérez Ortiz, 1923, p. 38). De Dar Drius se dirigieron a Batel, sin ser tampoco hostilizados durante la mayor parte del camino. Parte de ellos solo permanecieron en esta posición una noche, y otros, algunos días, para trasladarse después a Tistutín, donde se mantuvieron también unos para trasladarse por último a Monte Arruit. Un heliograma del alto comisario a Navarro le decía que procurase replegarse a este último puesto, hacia donde salió con sus fuerzas a las dos de la madrugada del 29 de julio, perdiendo poco antes de llegar la artillería, que no tardarían en utilizar los cabileños para cañonear la posición. Allí se mantuvo hasta el 10 de agosto, en que la posi-

ción cercada y hostilizada por los rifeños, terminó por rendirse y ser evacuada. La carencia de víveres, la sed, la escasez de municiones y la falta total de material de curación hacían la situación insostenible. Algunas de las fuerzas, sueltas y sin mando, que no se habían dirigido a Monte Arruit, habían huido a refugiarse a Nador, que fue evacuado el 2 de agosto y, otras, a Zeluán, que capituló el día 5, sin contar todos los que habían conseguido, de un modo u otro, llegar a Melilla. Todo el territorio conquistado en doce años, a costa de mucho dinero y mucha sangre, se había perdido en veintidós días. España volvía a encontrarse como en 1909. El desastre de Annual y el desmoronamiento de todos los puestos de la comandancia de Melilla cayó en el país como un verdadero mazazo. El sentimiento general fue, primero, de perplejidad; después, de indignación. La opinión pública exigía responsabilidades.

¿Cómo había podido producirse una catástrofe de tales dimensiones en tan pocos días? Eso fue lo que se propuso investigar el general Juan Picasso González, a quien por Real Orden del 4 de agosto de 1921 le fue confiada la instrucción de un expediente de carácter gubernativo destinado “a esclarecer las circunstancias que concurrieron en los sucesos de orden militar acaecidos en el territorio de la comandancia general de Melilla en los meses de julio y agosto de 1921”. Trasladado a Melilla, el general Picasso llevó a cabo un excelente trabajo, en el que, tras recabar el máximo de información de jefes, oficiales y tropa, así como de civiles, testigos de los sucesos, presentaba sus conclusiones de lo que podían haber sido las causas de la catástrofe. De ahí el llamado Expediente Picasso. De la lectura de este voluminoso documento se desprende que las causas fueron múltiples, tanto de orden militar como político<sup>4</sup>.

#### 4. El Expediente Picasso: radiografía de una incompetencia

Repartidas por todo el territorio había unas 130 posiciones, cuya ubicación obedecía más a razones políticas que militares, sin tener en cuenta las dificultades del terreno en que se instalaban, y por consiguiente, de las comunicaciones. Su mayor debilidad era la de carecer de aljibe, y el que la aguada se encontrase en general muy alejada de todas ellas, a veces varios kilómetros. Además, las defensas de los recintos eran endebles, casi siempre de sacos terreros y alambradas. En lo que respecta a las tropas, la instrucción de los reclutas era muy deficiente, de solo un mes, al cabo del cual debían incorporarse a sus columnas y destacamentos. Muchos no sabían tirar y algunos ni cargar el fusil. El armamento estaba en muy mal estado, con fusiles vetustísimos, algunos que databan de la guerra de Cuba, y ametralladoras más o menos en las mismas condiciones, que quedaban a menudo inutilizables. Los transportes eran muy deficientes por la escasez de camiones y los convoyes de

<sup>4</sup> El *Expediente Picasso* acaba de ser publicado íntegramente en 2021, en 5 volúmenes, por el Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación de la Ciudad Autónoma de Melilla. En este trabajo he utilizado la edición resumida publicada en 1931 durante la Segunda República.

aprovisionamiento a muchas posiciones tenían que hacerse en acémilas que recorrían con frecuencia kilómetros por terrenos escarpados. Las fuerzas peninsulares tomaban poca parte activa en los combates, recayendo en general esta misión en los Regulares y en la policía indígena, lo que representaba un error en el caso de esta última, cuyo cometido no era el de servir de fuerza de choque, sino el de mantener el orden en las cabilas. La policía indígena había sufrido muchas bajas en los combates y tenía además múltiples motivos de descontento por retrasos en la paga –algunos desde hacía meses–, el estado del vestuario –la mitad de ellos iban descalzos y con las ropas viejas– y el pan, que recibían troceado. Intensamente sometida, por otra parte, a la propaganda de la resistencia rifeña, no es de extrañar que desertara para unirse a ella.

La dispersión de posiciones en el territorio, mal abastecidas y guarnecidas, la disgregación de fuerzas y la acumulación de estas en el frente de Annual, dejando desguarnecida la retaguardia, fueron otros tantos factores que también contribuyeron a la catástrofe. Las cabilas situadas en la retaguardia, en territorio sometido, estaban además armadas. Sin embargo, el levantamiento general de estas solo se produjo después de evacuados los puestos por los españoles, no antes. No fue pues el levantamiento de las cabilas lo que provocó el abandono de las posiciones, sino al contrario. Fue tal el pánico a que se produjera el levantamiento, que no se pensó en otra cosa que en la huida para salvar el pellejo. No pudiendo contar con la policía indígena, que ya desde Annual había empezado a desertar, ni tampoco con los Regulares, entre los que también se dieron numerosas deserciones, solo quedaban las tropas peninsulares, con poca experiencia como fuerza combatiente y en las que, por tanto, tampoco se podía confiar. De ellas se decía que tenían la “moral muy baja”. ¿Era de extrañar después de lo que habían vivido y visto? ¿Era acaso superior la “moral” de muchos de sus jefes y oficiales? El testimonio de algunos soldados revela que en la desbandada de Annual sus unidades marchaban al mando de un sargento porque a sus capitanes y tenientes los habían perdido de vista. Era por demás significativa la frecuencia con que se invocaban motivos o pretextos de enfermedad para ausentarse de su puesto. Y no digamos las facilidades con que se obtenían permisos para viajar a la Península. La permisividad del alto mando consentía todo tipo de abusos de este orden. Así, no era de extrañar que cuando se produjo la catástrofe de Annual, al frente de muchas guarniciones estuviera solo un sargento o aun un cabo. Muchos jefes y oficiales faltaban de sus puestos porque estaban de permiso en la Península, o tranquilamente paseando por Melilla, cuando no en el hospital, con enfermedades fingidas las más de las veces. Los había que se arrancaban las estrellas y los emblemas para no ser reconocidos como oficiales.

Nunca se sabrá con exactitud cuántos murieron en el desastre, no solo por las balas de los rifeños, sino también de sed, agotamiento o enfermedades como la disentería o el paludismo. Se calcula que en la retirada de todas las posiciones perecerían de 8.000 a 10.000; Indalecio Prieto dio en el congreso, en octubre de 1921,

la cifra de 8.668 bajas. Las cifras relativas al número de fuerzas en la comandancia de Melilla ofrecen notables diferencias. El 30 de junio serían, para 121 posiciones y guarniciones, de 361 jefes y oficiales y 9.303 de tropa; el 22 de julio, para 144 posiciones y guarniciones, de 588 jefes y oficiales y 16.582 de tropa, lo que arroja una diferencia de 23 respecto a las posiciones; de 277 a los jefes y oficiales y de 7.279, a la tropa. Con referencia a la última fecha, otros datos dan la cifra de 841 jefes y oficiales y de 20.139 de tropa, lo que representa respecto de las anteriores una diferencia de 257 para los jefes y oficiales y de 3.557 para la tropa. No estando las diferencias justificadas por el envío de fuerzas al territorio, cabe preguntarse si los que figuraban en la última estaban en sus puestos o solo lo estaban los que aparecen en la primera o en la segunda (*Expediente Picasso*, 1931, p. 313). Puede que muchos de los que figuraban en la lista más numerosa no estuvieran efectivamente en sus puestos, dada la prodigalidad con que se concedían los permisos. Las imprecisiones sobre el número de los que estaban allí, no en el papel, sino físicamente en el momento de los hechos, dificulta, pues, calcular con exactitud cuántas fueron las bajas.

En Annual pereció Silvestre, no se sabe exactamente cómo ni en qué condiciones, pues las versiones y testimonios varían. Unos dicen que murió luchando hasta el final, pistola en mano; otros, que se suicidó. Y, ahora, cabe preguntarse: ¿era Silvestre el único responsable de los hechos? De Berenguer puede decirse que también fue culpable, cuando menos, “por omisión”, o más exactamente “por complicidad” o “connivencia”. Pero, ¿hasta dónde llegaban las responsabilidades? ¿Hasta qué nivel le era permitido al general Picasso instruir su expediente gubernativo? Hecho significativo: por Decreto Real del 24 de agosto y luego del 1 de septiembre de 1921 la información del general Picasso debía quedar limitada a los hechos realizados por los jefes, oficiales y tropa que habían dado lugar a la rápida evacuación de las posiciones, pero no debía extenderse, en ningún caso, al alto comisario, comandante en jefe del ejército de África. Berenguer quedaba, pues, excluido de la información del juez instructor, por decisión del gobierno que así lo había acordado en Consejo de ministros.

El debate tomaba tales dimensiones que adquiría ya los caracteres de un proceso al régimen. ¿No había por encima de los políticos responsabilidades a más alto nivel? Era del dominio público que el general Fernández Silvestre era el “amigo particular y protegido del rey”, en palabras del embajador británico en Madrid<sup>5</sup>. En agosto de 1921, poco después del desastre, cada vez eran más insistentes los rumores de que Alfonso XIII había aconsejado a Silvestre avanzar, reafirmando su apoyo, lo que en cierta medida le hacía responsable de lo sucedido. Aunque nada de esto apareciese en la prensa, excepto por vagas insinuaciones en algunos periódicos, era casi el tema de conversación general en Madrid. Las sospechas de que el rey habría desempeñado en el drama un papel importante parecían bastante fundadas. Ya no era solamente que

<sup>5</sup> Foreign Office, 371/7068, carta de Esme Howard, embajador de Gran Bretaña a Lord Curzon, Ministro británico de Asuntos Exteriores, del 27 de agosto de 1921.

lo dijera la gente en la calle, que los diputados socialistas lo denunciaran en el congreso, y el que las embajadas de países bien informados, como Francia e Inglaterra, lo mencionaran en repetidas ocasiones en los despachos a sus gobiernos, sino que incluso personajes políticos, pertenecientes a las clases altas, estaban convencidos de ello. El Rey habría, según corría la voz, enviado a Fernández Silvestre un telegrama en el que con, aquella bravuconada de “Olé los hombres; el 25 te espero”, le animaba a cumplir su promesa de que el 25 de julio, día del Apóstol Santiago, conocido vulgarmente como “Santiago Matamoros”, estaría en Alhucemas. Aunque este famoso telegrama nunca se encontró, ni pudo probarse que existiera, muy bien podría haberse hecho desaparecer. Pero lo del telegrama no pasa de ser anecdótico. Lo era menos la desaparición de otros documentos de la mesa del despacho de Silvestre, posiblemente la correspondencia privada y confidencial mantenida con el Rey desde su traslado a Marruecos. Al verse perdido en Annual, Silvestre había decidido mandar a Melilla en un coche rápido a su hijo, que llegó a la plaza sin novedad, en compañía del teniente coronel Tulio López, ayudante del comandante general (*Expediente Picasso*, 1931, p. 336) y, al no tener las llaves del despacho de este, ambos se habían apresurado a descerrajar los cajones, llevándose los documentos. También fue descerrajada la mesa del comandante Hernández, secretario particular de Silvestre (*Comisión de Responsabilidades*, 1931, p. 335-336). ¿Qué documentos contenían las mesas del general y de su secretario particular que corría tanta prisa hacer desaparecer? Preguntas que, como otras muchas, quedarían sin respuesta.

## 5. La Comisión de Responsabilidades

La Comisión de Responsabilidades del Congreso se constituyó a principios de julio de 1923, a propuesta del diputado reformista Ramón Álvarez Valdés. Compuesta de 21 diputados de diferentes partidos políticos, tenía por misión examinar todos los documentos y datos que juzgara necesario solicitar del Gobierno y practicar después todas las informaciones que estimara convenientes para dictaminar sobre la conveniencia de formular una proposición de acusación en el Senado contra las personas que hubiesen contraído responsabilidades con motivo de la acción de España en Marruecos. Se proponía recabar información no solo sobre los hechos acaecidos en julio de 1921, sino sobre los antecedentes de la acción de España desde 1909 y la posterior al desastre de Annual, seguida por los diferentes gobiernos y las autoridades militares de la zona. Ante la Comisión declararon altos mandos del ejército, incluidos los altos comisarios José Marina, Dámaso Berenguer y Ricardo Burguete; jefes militares como el general Miguel Cabanellas, el coronel José Riquelme y el teniente coronel Fidel Dávila; el alto comisario civil Luis Silvela, y otros destacados funcionarios civiles de la Alta Comisaría, como Luciano López Ferrer, o del Gobierno, como Manuel Aguirre de Cárcer, jefe de la Sección de Marruecos del Ministerio de Estado. La Comisión de Responsabilidades debía reunirse el 20 de septiembre de 1923 para redactar las conclusiones que presentaría a principios de octubre a la mesa del Congreso. El golpe de estado del general Miguel Primo de Rivera lo impidió.

## 6. Bibliografía

- Ayache, G. (1981). *Les origines de la guerre du Rif*. Publications de la Sorbonne-SMER.
- Berenguer Fusté, D. (general) (1923). *Campañas en el Rif y Yebala 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Sucesores 3 R. Velasco.
- Casado y Escudero, L. (teniente) (1923). *Igueriben. Relato auténtico por el único oficial superviviente*. Madrid.
- Comisión de Responsabilidades (1931). *De Annual a la República. Documentos relacionados con la información instruida por la llamada “Comisión de Responsabilidades” acerca del desastre de Annual*. Javier Morata, Editor.
- Delbrel, G. (2009). *Geografía General del Rif 1909-1911, edición facsímil del original*. La Biblioteca de Melilla.
- Expediente Picasso (1931). *Expediente Picasso*. Javier Morata, Editor.
- Expediente Picasso (2021). *Expediente Picasso*. Transcripción de José Martín Cano, 5 vols. Servicio de Publicaciones, Consejería de Educación, Cultura, Festejos e Igualdad de Melilla.
- MADARIAGA, María Rosa de, 2008 (3<sup>a</sup> edición), España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada, Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla– UNED-Centro Asociado de Melilla.
- Madariaga, M. R. (2016). *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos* (3<sup>a</sup> reimpresión). Alianza Editorial.
- Madariaga, M. R. (2009). *Abd-el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*. Alianza Editorial.
- Pérez Ortiz, E. (teniente coronel) (1923). *De Annual a Monte Arruit y diez y ocho meses de cautiverio. Crónica de un testigo*. Artes Gráficas Post-exprés 25.
- Rivet, D. (1976). Le commandement français et ses reactions vis-à-vis du mouvement rifain 1924-1926. En *Abd-el-Krim et la République du Rif* (pp. 101-135). Maspero.
- Rivet, D. (1988). *Lyautey et l'institution du Protectorat français 1912-1925*, 3 vols. Éditions L'Harmattan.